

# Monseñor Romero (1917-1980)

## Ante Dios con su pueblo

---

**Jon Sobrino,  
Centro de Reflexión Teológica,  
San Salvador**

Monseñor Romero fue *maestro y testigo*, y ciertamente hay lugar para él en esta serie de conferencias<sup>1</sup>. Pero monseñor fue más que eso. Murió asesinado el 24 de marzo de 1980, e inmediatamente después ese *más* fue puesto en palabra. En la misa funeral de la UCA el padre Ignacio Ellacuría dijo que “con monseñor Romero Dios pasó por El Salvador”. Aquellos mismos días don Pedro Casaldáliga escribió el poema *San Romero de América, pastor y mártir nuestro*. El pueblo salvadoreño espontáneamente lo proclamó “santo”.

Me han pedido que les hable sobre monseñor Romero. Las palabras-síntesis que acabamos de oír son espléndidas y certeras. A ellas quisiera añadir con sencillez estas otras: “Monseñor Romero ante Dios con su pueblo”, que abordaré en forma de ensayo. Y desde esa perspectiva presentaré a monseñor en tres puntos. Mucho de lo que diré es bien conocido, y en eso seré más breve. Sí insistiré en lo que, en mi opinión, es bueno tratar más acuciosamente. (1) El monseñor Romero *por dentro ante Dios*; (2) *su praxis arzobispal*: decidor de verdad y defensor del oprimido; y (3) *su destino*: mártir con su pueblo, sacramento de Dios y portador de la fe de muchos.

---

1. El presente texto es una reformulación y reconceptualización de mi conferencia “Óscar Romero (1917-1980)”, impartida el 18 de febrero de 2014 en la Cátedra de Teología Contemporánea José Antonio Romeo C.M.U. Chaminade, XXXIII, Maestros y testigos.

## 1. El Monseñor Romero por dentro ante Dios

A los ponentes nos han pedido una breve reseña histórica del personaje que nos toca presentar<sup>2</sup>. En el caso de monseñor pienso que no es tan necesario, pues, dado lo llamativo de la situación salvadoreña en que vivió y su actuación prácticamente sin precedentes ni paralelo, pronto fue muy conocido en vida. Su muerte, asesinado en el altar, y la masacre en la misa de su funeral seis días después, de nuevo sin paralelo, son hitos imborrables en la historia moderna que le dieron a conocer por todo el mundo.

Expondré en seguida los tres últimos años de su vida pública como arzobispo de San Salvador<sup>3</sup>. Pero antes, para conocer mejor la radicalidad del monseñor Romero *hacia afuera*, comenzaré por el monseñor Romero *por dentro*. Para ello me centraré en sus últimos días.

El 25 de febrero de 1980, un mes antes de ser asesinado, monseñor Romero comenzó los Ejercicios espirituales de san Ignacio con un grupo de sacerdotes

- 
2. Para una breve reseña personal sobre monseñor, véase mi escrito “Mi recuerdo de monseñor Romero”, *RLT* 16 (1989), pp. 3-44, recogido en mi libro *Monseñor Romero*, UCA Editores, San Salvador, 1989. Desde su muerte se han publicado numerosas biografías sobre monseñor. Entre otras, mencionamos las siguientes. En los primeros años tras su muerte, Plácido Erdozain, *Monseñor Romero: mártir de la Iglesia popular*, Editorial DEI, San José, 1980; James R. Brockman, *La palabra queda. Vida de monseñor Óscar A. Romero*, UCA Editores, San Salvador, 1985 [el original en inglés es de 1982]; Jesús Delgado, *Óscar A. Romero. Biografía*, UCA Editores, 1986; María López Vigil, *Piezas para un retrato*, UCA Editores, 1993, escrito en base a entrevistas; Salvador Carranza, *Romero-Rutilio, vidas encontradas*, UCA Editores, 1992. Entre las biografías más recientes, Martin Maier, *Monseñor Romero, maestro de la espiritualidad*, UCA Editores, 2005; Miguel Cavada, *Monseñor Romero. Su vida, su testimonio y su palabra*, Imprenta Criterio y Fundación Monseñor Romero, 2005; Scott Wright, *Óscar Romero in the communion of Saints*, Orbis Books, 2009; Anselmo Palini, *Óscar Romero, “Ho udito il grido del mio popolo”*, Editrice AVE, 2010; Yves Carrier, *Mgr. Óscar A. Romero*, Éditions Du Cerf, París, 2010; Roberto Moroso Della Rocca, *Monseñor Romero. Vida, pasión y muerte en El Salvador*, Ediciones Sígueme, 2010.
  3. Cada vez se insiste más en que monseñor, aun antes de su cambio radical tras el asesinato de Rutilio Grande el 12 de marzo de 1977, fue un notable cristiano, sacerdote y obispo. Sobre su actitud sacerdotal desde su juventud, puede verse Jesús Delgado, *Así tenía que morir, ¡sacerdote! Porque así vivió Mons. Óscar A. Romero*, Ediciones de la Arquidiócesis de San Salvador, 2010. Sobre el impacto que le causó la pobreza siendo obispo de Santiago María, puede verse Zacarías Diez y Juan Macho, con Prólogo de Mons. Cabrera, *“En Santiago de María me topé con la miseria”. Dos años de la vida de Mons. Romero (1975-1976). ¿Años de cambio?*

muy cercanos<sup>4</sup>. Sobre su experiencia escribió en su diario espiritual<sup>5</sup> un texto muy breve —en el original no llega a una página— en el que cuenta su conversación con el padre Azcue, con quien se confesó. En el texto aparecen los tres problemas que le ocupaban en ese momento fundamental de su vida: (1) su vida espiritual, (2) la posibilidad de una muerte violenta, (3) su situación conflictiva con los obispos de la conferencia episcopal.

Monseñor transcribe lo fundamental de la conversación con el padre Azcue, los comentarios de este y sus propias reflexiones. A este texto de su diario añadiré algunas palabras suyas de esos mismos días, en homilías y entrevistas, que amplían e iluminan lo que en el diario dice muy sucintamente. Por el tiempo y circunstancias en que fue escrito, por la honradez con que lo escribió monseñor y por los temas que trata, el texto nos adentra en el monseñor Romero *por dentro*<sup>6</sup>. He aquí las tres cosas sobre las que habló con el padre Azcue.

### 1.1. Ante Dios con honradez, delicadeza y entrega

Vino el P. Azcue y todos nos confesamos. Le expresé dos temores. El no ser tan cuidadoso como antes con mis confesiones de ejercicios y con mis confesiones ordinarias y en general con mi vida espiritual. Me orientó comentando que puede haber inclinaciones de escrúpulos en cuanto a las confesiones y que lo principal eran las disposiciones interiores; y en cuanto a los ejercicios espirituales era bueno trazarme un plan de vida espiritual, pero sin esclavi-

- 
4. Monseñor lo menciona en la homilía del 2 de marzo de 1980: “También quiero comunicarles con alegría de pastor que esta semana hice mis Ejercicios espirituales con un grupo de sacerdotes de la Vicaría de Chalatenango, y que esa reflexión espiritual y pastoral en medio de amigos y hermanos sacerdotes me ha hecho mucho bien”. Es el monseñor *ante Dios con otros*, amigos y sacerdotes. Y prosigue: “Ayer, cuando un periodista me preguntaba dónde encontraba yo inspiración para mi trabajo y mi predicación, le decía: ‘Es bien oportuna su pregunta porque cabalmente vengo saliendo de mis Ejercicios espirituales. Si no fuera por esta oración y esta reflexión con que trato de mantenerme unido con Dios, no sería yo más que lo que dice san Pablo: una lata que suena’”. Es el monseñor *solo ante Dios*.
  5. Estos apuntes me los entregó privadamente María Julia Hernández en 1987. Los publiqué de acuerdo con el padre Ellacuría en la *Revista Latinoamericana de Teología* con el título “El último retiro espiritual de monseñor Romero”, *RLT* 13 (1988), pp. 2-11.
  6. Al hablar del monseñor Romero *por dentro* no pretendemos ofrecer, evidentemente, una visión ni menos un análisis estrictamente psicológico de la interioridad de monseñor Romero. Tenía un carácter y temperamento de gran riqueza, pero también con limitaciones que él mismo reconocía, y por ello, para que no tuvieran un influjo negativo en su ser y actuar, solía consultar con algún psicólogo.

zarme a él; que aquí también lo principal debía ser vida y espíritu como alma de toda mi actividad.<sup>7</sup>

La referencia a Dios está aquí implícita, pero el contexto teologal es evidente. También lo es su honradez, hasta lindar psicológicamente con escrúpulos. Y todo da a entender que monseñor agradece y está en sintonía con lo que le dice el padre Azcue. Lo principal es la disposición interior —*estar disponible a Dios* en lo escondido— y la *libertad para no esclavizarse* ni siquiera a planes de prácticas espirituales, por necesarios que sean, pues el Espíritu sopla donde quiere.

El diálogo con el padre Azcue versó sobre problemas de prácticas espirituales. Pero para quien conoció a monseñor, es evidente que esa conversación tuvo una dimensión mayor, *teologal*. Pocos días antes, en la homilía del 10 de febrero<sup>8</sup>, monseñor habló explícitamente —y con solemnidad— de Dios.

Ningún hombre se conoce mientras no se haya encontrado con Dios... ¡Quién me diera, queridos hermanos, que el fruto de esta predicación de hoy fuera que cada uno de nosotros fuéramos a encontrarnos con Dios y que viviéramos la alegría de su majestad y de nuestra pequeñez.

Este saberse y sentirse remitido a Dios fue constitutivo de su ser, más allá de las sobrias palabras sobre su vida espiritual. Y aunque adelantemos acontecimientos, creo que eso es lo que le permitió ser, en definitiva, un ser humano excepcional, que podía convertirse en referente para todo ser humano. Monseñor remitía a algo mayor y a algo de mejor calidad para creyentes y no creyentes, en cuanto estuvieran abiertos a lo que humaniza.

Se dirá con razón que de monseñor Romero llamó grandemente la atención su cercanía al pueblo, visible, tangible, hasta cuantificable, su misericordia y su profecía, su esperanza y su cruz. Pero en todo ese ser y hacer, monseñor dejaba que asomase un “más” y un “mejor”, que lo abarcaba todo y que abrazaba a todos. Y es mi convicción que así ocurría porque monseñor nunca se buscó a sí mismo, sino que siempre buscó a Dios. Y la gente lo notó. Esta es una primera nota del *monseñor Romero por dentro*.

## 1.2. Tres años de muerte anunciada

Mi otro temor es acerca de los riesgos de mi vida. Me cuesta aceptar una muerte violenta que en estas circunstancias es muy posible, incluso el Sr. Nuncio de Costa Rica me avisó de peligros inminentes para esta semana. El padre me animó diciéndome que mi disposición debe ser dar mi vida por Dios cualquiera sea el fin de mi vida. Las circunstancias desconocidas se

7. J. Sobrino, “El último retiro espiritual de monseñor Romero”, *op. cit.*, p. 7.

8. Si no decimos lo contrario, cuando citamos el día, mes y año de palabras de monseñor Romero, nos referimos a sus homilías en catedral.

vivirán con la gracia de Dios. Él asistió a los mártires y si es necesario, lo sentiré muy cerca al entregarle el último suspiro. Pero que más valioso que el momento de morir es entregarle toda la vida y vivir para él.<sup>9</sup>

De las tres cosas que trató con el padre Azcue, la muerte violenta —monseñor, al hablar de sí mismo, no solía hablar de *martirio* por obvio pudor— es lo más conocido, y sobre lo que hay más información para los estudiosos. No recuerdo que en público hablase de sus sentimientos ante un asesinato, ni que haya dicho alguna vez que “tenía miedo”, aunque es comprensible que lo tuviera<sup>10</sup>. Baste recordar ahora algunas palabras suyas sobre su muerte violenta que ayudan a conocer al monseñor Romero *por dentro*.

Al padre Azcue le dijo expresamente que su muerte violenta es “muy posible”, y monseñor la debió sentir muy probable. Ya en la homilía del 7 de enero de 1979, había dicho: “Me avisaron esta semana que yo también anduviera con cuidado, que se estaba tramando algo contra mi vida”. En febrero de 1980, el nuncio de Costa Rica, como acabamos de ver, le avisó de peligros inminentes. Y en una entrevista de marzo le dijo a un periodista: “He sido frecuentemente amenazado de muerte”<sup>11</sup>. En su última homilía en el hospitalito, el 24 de marzo, como en una explosión de fe, monseñor confesó que quería la vida, la verdadera vida, y que por eso aceptaba la muerte. “El que quiera apartar de sí el peligro, perderá su vida; en cambio, el que se entrega, por amor a Cristo, al servicio de los demás, este vivirá como el granito de trigo que muere, pero solo aparentemente muere. Si no muriera, sí quedaría solo”.

Además de amenazas a su vida, durante tres años fue blanco de ataques y persecuciones, difamaciones y calumnias cotidianas, destrucción física de

9. J. Sobrino, “El último retiro espiritual de monseñor Romero”, *op. cit.*

10. A un periodista de Prensa Latina le dijo el 15 de febrero de 1980: “Temo la debilidad de la carne. En los momentos difíciles todos tenemos miedo, el instinto de conservación es muy fuerte”. En una ocasión, y cito de memoria, tuvo que ir a altas horas de la noche a la iglesia de El Rosario a mediar entre las organizaciones populares, que habían capturado no recuerdo si a un soldado o a un miembro de un cuerpo de seguridad y lo tenían secuestrado en el templo, y las fuerzas de seguridad alrededor del templo, que amenazaban a los organizados si no entregaban al secuestrado. La situación era sumamente grave, pero la presencia de monseñor hizo que el conflicto acabase bien. A su regreso al hospitalito, bien entrada la madrugada, encontró a las hermanas muy preocupadas. Les contó lo sucedido y les dijo que “me temblaban las piernas”.

11. El texto de la entrevista puede verse en J. Sobrino, I. Martín Baró y R. Cardenal, *La voz de los sin voz. La palabra viva de monseñor Romero*, UCA Editores, San Salvador, 1980, p. 461. Al parecer, se trata de una entrevista dada a un periodista del *Excelsior*, de México, de marzo de 1980. Hay discusiones sobre su autenticidad. Pero me parece importante citar estas palabras, pues son coherentes con el modo de ser y sentir de monseñor. Y si hubiesen sido publicadas en vida, sin ser palabras suyas, ciertamente lo hubiese denunciado.

lugares de la Iglesia que le eran cercanos, necesarios y muy queridos (catedral, templos, seminario, residencias de religiosos y religiosas, colegios católicos, la UCA), y de instrumentos de trabajo (la imprenta del arzobispado, la YSAX). Y especialmente tuvieron que ser dolorosos y premonitorios los asesinatos de seis sacerdotes, un jesuita y cinco diocesanos. La muerte estaba *anunciada*.

Y también tuvo que vivir con el odio de los poderosos. No le perdonaban, y no se arrepentían ni del daño que hacían a los pobres ni del odio que le tenían a monseñor. A 34 años de su muerte, no sabemos cuántos le han pedido perdón. Algunos ciertamente lo han hecho.

Mons. Urioste, su vicario general, sigue repitiendo hasta el día de hoy que “monseñor Romero fue el salvadoreño más querido y el más odiado”. Está claro que ha sido el más querido, quien ha proporcionado alegría y dignidad al pueblo. Y está claro que lo odiaron mucho y muchos: potentados, opresores y victimarios, escuadrones de la muerte, militares y cuerpos de seguridad, gobernantes y políticos —los de casa y los del imperio del norte— y muchos medios de comunicación social.

Ciertamente los fustigó y, según los casos, los acusó con rigor y vigor, de matar, robar y mentir, públicamente y con plena conciencia de lo que hacía, sin suavizar palabras necesarias, arriesgando lo que había que arriesgar y manteniéndose fiel hasta el final. Pero no devolvió mal por mal, y nunca odió a quienes lo odiaban. No lo hacía por ascesis, sino por no poder ser de otra manera; le salía del fondo de su ser. Muy poco antes de su muerte, en la homilía del 16 de marzo, dijo: “Me da más lástima que cólera cuando me ofenden y me calumnian... Que sepan que no guardo ningún rencor, ningún resentimiento”.

Monseñor pudo cargar con el odio de unos contra él porque cargó con el sufrimiento de los pobres, los oprimidos, las víctimas, y ellos cargaron con él. Quien ama y es amado así no puede odiar a nadie. Solo puede amar a todos.

En la entrevista que dio al *Excelsior*<sup>12</sup> las palabras de monseñor Romero sobre su muerte anunciada brotan como una cascada de sinceridad, de amor y de esperanza.

Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño. Se lo digo sin ninguna jactancia, con la más grande humildad.

Como pastor estoy obligado por mandato divino a dar la vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños, aun por aquellos que vayan a asesinarme. Si llegaran a cumplirse las amenazas, desde ya ofrezco a Dios mi sangre por la redención y resurrección de El Salvador.

---

12. Véase lo dicho en la nota anterior.

Que mi sangre sea semilla de libertad y la señal de que la esperanza será pronto una realidad.

Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea por la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza para el futuro.

Puede usted decir, si llegasen a matarme, que perdono y bendigo a quienes lo hagan.

Al padre Azcue le dijo sobriamente: “Me cuesta aceptar una muerte violenta”. Pero monseñor la aceptó. Vivir así fue otra nota del *monseñor Romero por dentro*.

### 1.3. En conflicto con sus hermanos obispos y en fidelidad al Evangelio

Otro aspecto de mi consulta espiritual, que fue también diálogo con mis compañeros de ejercicios, fue mi situación conflictiva con los otros obispos. Me orientó mucho esta consideración: si me critican, ¿qué otra alternativa me proponen? Y me he confirmado que lo único que interesa es la radicalidad del Evangelio que no todos pueden comprender. Que se puede ceder en algunos aspectos accidentales, pero no se puede ceder en seguir radicalmente el Evangelio. Esta radicalidad siempre tiene que traer contradicciones y hasta divisiones dolorosas.<sup>13</sup>

Sobre la seria tensión con los obispos de la conferencia episcopal no solía hablar en público, pero sí en privado. En el retiro compartió este problema con el padre Azcue, y también con sus compañeros de ejercicios. También vivió en fuerte tensión con la jerarquía vaticana<sup>14</sup>.

De estas cosas no se suele hablar mucho por el exagerado respeto y miedo a la *jerarquía*, es decir, a un *poder sagrado*. Sin embargo, si se oculta ese conflicto, no se acaba de conocer al monseñor Romero *por dentro*. Con ese conflicto tuvo que bregar largamente y muy en serio. Y cómo lo vivió nos adentra en su fidelidad al pueblo, al Evangelio y a Dios. Veámoslo brevemente.

#### Con los obispos de El Salvador

Baste recordar algunos hechos. En 1978, con monseñor Rivera publicó la Tercera Carta Pastoral sobre *La Iglesia y las organizaciones políticas populares*; un texto magnífico. Al mismo tiempo, el resto de los obispos publicó sobre el mismo tema un brevísimo y muy pobre mensaje, sustancialmente contrario.

---

13. *Diario*, p. 7.

14. Recomiendo el texto de Julian Filochowski, “Romero. Person and His Charisma with the Pontiffs”. Es el texto de una ponencia pronunciada en la Universidad de Notre Dame en un congreso que tuvo lugar del 22 al 26 de septiembre. Será publicada en breve.

El mensaje encantó a los poderosos, mientras que la carta dejó al descubierto sus injusticias y falsedades.

Tras su muerte, el 30 de marzo, con la excepción de monseñor Rivera, ningún obispo de la conferencia se hizo presente en su funeral<sup>15</sup>. Y años más tarde, en marzo de 1996, monseñor Revelo lo criticó en un almuerzo con Juan Pablo II de ser responsable de 70,000 muertos<sup>16</sup>. En conjunto, con la excepción de Mons. Rivera, los obispos del país le fueron clara y públicamente adversos, algunos muy hostiles, de forma injusta y a veces grosera.

Este conflicto lo hizo sufrir mucho. No es de extrañar que, al final de la reunión de Puebla en febrero de 1979, en una reunión de los obispos cercanos a Medellín, teólogos y científicos sociales, monseñor Romero se me acercara emocionado, casi con lágrimas de alegría, y me dijera: “Qué hermoso poder estar con mis compañeros obispos, todos como hermanos”.

### **Altos y bajos en su relación con el Vaticano**

Pablo VI lo recibió dos veces. En marzo de 1977, tras el asesinato del padre Rutilio Grande ocurrido el 12 de marzo, el papa lo recibió con cariño y gran comprensión, y lo animó a seguir el camino comenzado. “Coraggio”, le dijo apretándole las manos. Monseñor quedó muy agradecido y sumamente confortado, al igual que en su segunda visita en junio de 1978.

Entre los cardenales de la curia vaticana, el cardenal López Trujillo fue un adversario suyo declarado, que en su antagonismo podía llegar a la grosería. Con el cardenal Baggio, prefecto de la Congregación de Obispos, tras un buen comienzo, tuvo momentos de gran tensión. Las claras denuncias de monseñor Romero contra el Gobierno, la oligarquía y los militares salvadoreños, al Vaticano le causaban problemas diplomáticos con los Gobiernos de El Salvador, y pronto con el de Estados Unidos. Sobre esto último monseñor escribe en su diario, comedidamente, que el cardenal Cassaroli le hizo saber la preocupación de Estados Unidos. “Me reveló que el embajador de Estados Unidos había venido a verlo con cierta preocupación de que yo estuviera en una línea revolucionaria

15. Los obispos ausentes fueron monseñor Aparicio, monseñor Álvarez, monseñor Barrera y monseñor Revelo.

16. Así lo contó monseñor Urioste, quien estuvo presente en el almuerzo. “El Santo Padre, durante el almuerzo con los obispos en la nunciatura apostólica de El Salvador, les preguntó qué pensaban de la canonización de Mons. Romero. Uno de los presentes, Mons. Marco René Revelo, en el pasado obispo auxiliar de Mons. Romero y su gran adversario, respondió: ‘Romero es el responsable de los 70,000 muertos que se dieron en este país’”. Otros, por el contrario, dijeron que “debería estar en los altares”.



popular, mientras que Estados Unidos apoya el Gobierno de la democracia cristiana”<sup>17</sup>.

El Vaticano buscaba relaciones fluidas con esos poderes, y quería superar los problemas que causaba monseñor Romero. Barajaba dos posibilidades. Una, retirarlo de su sede arzobispal, a lo que monseñor respondió que obedecería, pero que, si lo quitaban, lo hicieran con dignidad, “para que no sufra mi pueblo” —cito de memoria—. La segunda, nombrarle un obispo auxiliar *sede plena*, con plena potestad<sup>18</sup>.

Con Juan Pablo II tuvo dos encuentros en el Vaticano. Su primera visita, el 7 de mayo de 1979, merece una explicación un poco detallada. De ella monseñor salió desconcertado y triste. Dada la gravísima situación por la que pasaban el país y la Iglesia, asesinatos de campesinos y de sacerdotes, posibilidades de guerra abierta, monseñor buscó a través de varias personas, durante varios días —“mendigaba”, decía—, conseguir una entrevista con el papa, pero sin éxito. Tras muchos intentos, logró hablar con él. En el *Diario* escribe, en lenguaje controlado, que el papa le “recomendó mucho equilibrio y prudencia, sobre todo al hacer las denuncias concretas, que era mejor mantenerse en los principios porque era riesgoso caer en errores o equivocaciones”. Por su experiencia del comunismo en Polonia, el papa le insistió en la unión de los obispos, sobre lo que monseñor comenta en su diario: “Le aclaré también que yo era lo que más deseaba, pero que tenía en cuenta que una unión no tiene que ser fingida, sino sobre el Evangelio y la verdad”. El papa también se refirió al informe, ya mencionado, de la visita apostólica de monseñor Quarracino, “el cual reconoce una situación sumamente delicada y [...] recomendó como solución a las deficiencias pastorales y a la falta de la unidad de los obispos, un administrador apostólico sede plena”. Monseñor concluye en el *Diario* que “aunque mi impresión no fue del todo satisfactoria a primera vista, creo que ha sido una visita sumamente útil”<sup>19</sup>.

17. Monseñor Óscar Arnulfo Romero, *Su diario* [del 31 de marzo de 1978 al 20 de marzo de 1980], “31 de enero de 1980”, Edición del Arzobispado de San Salvador, 2000, p. 378.

18. Esta última sugerencia provenía de Mons. Quarracino, tal como el mismo monseñor lo menciona en *Su diario*, “28 de mayo de 1979”, p. 184. El papa Juan Pablo II la había retomado y comunicado a monseñor en su primera visita. *Cfr. ibid.*, p. 161.

19. *Ibid.*, pp. 161 y ss. Todas las citas de este párrafo se encuentran en esas páginas. En una conversación privada, María López Vigil me contó que la entrevista con Juan Pablo II fue muy dura para monseñor. “[Lo que ocurrió en la entrevista] me lo contó monseñor Romero casi llorando el día 11 de mayo de 1979, en Madrid, cuando regresaba apresuradamente a su país, consternado por las noticias sobre una matanza en la Catedral de San Salvador”; Radialistas Apasionadas, “Diálogo entre monseñor Óscar Arnulfo Romero y el papa Juan Pablo II”, Google. En lo personal, doy crédito fundamental a las palabras de María López Vigil, aunque han sido criticadas por otros por no encontrar base para ello en el *Diario* de monseñor.

Mi convicción es que en esta primera visita monseñor no encontró en el papa la comprensión que buscaba, sino en definitiva reproches. Y debió resentir que lo tuviera por ingenuo ante el marxismo, como si el papa sí supiese cómo manejarlo por haber vivido en Polonia, pero no monseñor Romero, aunque en El Salvador había buenos conocedores de marxismo y de los marxistas, a quienes monseñor consultaba para acertar en sus actuaciones. Ciertamente, no creo que en sus tres últimos años monseñor haya sido ingenuo.

Añadamos que en Roma sí encontró mucho apoyo y comprensión en el padre Arrupe y en el cardenal Pironio, quienes pasaban por situaciones semejantes de incompreensión. Basten las siguientes palabras que escribí el 9 de mayo:

El cardenal Pironio me acogió en una forma tan fraternal y cordial que este solo encuentro bastaba para colmarme de consuelo y de ánimo. Le expuse confidencialmente mi situación en mi Diócesis y ante la Santa Sede. Me abrió su corazón diciéndome lo que él también tiene que sufrir, cómo siente profundamente los problemas de América Latina y que no sean del todo comprendidos por el Ministerio Supremo de la Iglesia y, sin embargo, hay que seguir trabajando, informando lo más que se pueda, la verdad de nuestra realidad. Y me dijo: “Lo peor que puedes hacer es desanimarte. ¡Ánimo, Romero!”, me dijo muchas veces.<sup>20</sup>

La importancia de esta cita no consiste en saber exactamente cómo fueron las cosas en Roma, sino en conocer *el por dentro* de monseñor. Por eso hemos citado largamente.

De una segunda visita con Juan Pablo II, el 30 de enero de 1980, salió muy animado. “El papa, sentí que estaba muy de acuerdo en todo lo que yo decía, y al terminar, me dio un abrazo muy fraternal y me dijo que rezaba todos los días por El Salvador... Yo he sentido aquí la confirmación y la fuerza de Dios para mi pobre ministerio”<sup>21</sup>.

Unos años después, tras la muerte de monseñor, el 6 de marzo de 1983 Juan Pablo II visitó su tumba en la catedral y lo alabó con estas palabras: “Reposan dentro de sus muros los restos mortales de Mons. Óscar Arnulfo Romero, celoso pastor, a quien el amor a Dios y el servicio a los hermanos condujeron hasta la entrega misma de la vida de manera violenta”<sup>22</sup>.

Desde esa fecha, lo más importante que ha llegado de Roma sobre monseñor ha ocurrido en el contexto de su posible beatificación y canonización. En 1990 monseñor Rivera abrió el proceso diocesano que se desarrolló con normalidad y con el visto bueno de la curia vaticana. Pero han ido pasando los años, y de

---

20. *Su diario*, “9 de mayo de 1979”, p. 165.

21. *Ibid.*, p. 407.

22. “El papa en Catedral”, *Carta a las iglesias* 39 (1-15 de marzo de 1983).

las curias, vaticana y salvadoreña, no ha llegado el entusiasmo que monseñor Romero generó en el pueblo y en todos los que luchaban por la justicia. En el presente la situación ha cambiado muy notablemente con el papa Francisco.

En conclusión, sus relaciones con la jerarquía eclesiástica fueron ambiguas. Monseñor Romero las vivió con gran sufrimiento y en fidelidad total al Evangelio. Es esta una tercera nota del monseñor Romero *por dentro*.

## 2. *Su praxis arzobispal: decidor de verdad y defensor del oprimido*

Con lo que hemos dicho sobre el *por dentro* de monseñor cobra mayor hondura lo que vamos a presentar en este punto y en el siguiente: lo que monseñor Romero fue, dijo, hizo, padeció y gozó, tal como lo vio mucha gente. Es el monseñor Romero *por fuera*. Sobre ello hemos publicado varios textos<sup>23</sup>, y de algunos de ellos citaremos largamente. Presentaré a monseñor alrededor de dos frases certeras. La primera es de un campesino: “Monseñor Romero dijo la verdad. Nos defendió a nosotros de pobres. Y por eso lo mataron”. La segunda es del padre Ellacuría: “Con monseñor Romero Dios pasó por El Salvador”.

### 2.1. “Monseñor Romero dijo la verdad”<sup>24</sup>

Así comenzó el campesino. Monseñor fue *decidor* de la verdad, *estuvo poseído* por ella y la dijo *con pathos*. Cuando la verdad de lo real era buena

23. Menciono los que pueden ser de mayor interés. Inmediatamente después de su muerte, escribí “Monseñor Romero, mártir de la liberación. Análisis teológico de su figura y obra”, *ECA* 377-378 (marzo 1980), pp. 253-276. Meses después escribí “Monseñor Romero, verdadero profeta”, *ECA* 384-385 (octubre-noviembre 1980), pp. 1001-1034; “Un hombre de este mundo y un hombre de Dios”, *ECA* 413-414 (marzo 1983), pp. 289-296; “Una buena noticia de Dios a los pobres”, *Sal Terrae* (febrero 1985), pp. 161-168; “El significado de monseñor Romero para la teología”, *ECA* 437 (marzo 1985), pp. 155-166; “El último retiro espiritual de monseñor Romero”, *RLT* 13 (1988), pp. 3-11; “Mi recuerdo de monseñor Romero”, *RLT* 16 (enero-abril 1989), pp. 3-44; “Monseñor Romero: diez años de tradición”, *RLT* 19 (1990), pp. 17-39; “Monseñor Romero, cristiano y salvadoreño”, *RLT* 49 (enero-abril 2000), pp. 25-36; “Monseñor Romero. Exigencia, juicio y buena noticia. En el XX aniversario de su martirio”, *RLT* 50 (mayo-agosto 2000), pp. 191-207; “El padre Ellacuría sobre monseñor Romero. Ayudas para poner a producir en las iglesias la herencia de Jesús”, *RLT* 66 (septiembre-diciembre 2005), pp. 117-137; “Monseñor Romero. Conversión y esperanza. ‘Otra Iglesia es posible’”, *RLT* 89 (mayo-agosto 2010), pp. 215-237; “Monseñor Romero y la verdad”, *RLT* 84 (septiembre-diciembre 2011), pp. 371-387; “La Iglesia de los pobres desde el recuerdo de monseñor Romero”, *RLT* 86 (mayo-agosto 2012), pp. 135-155; y “El impacto de monseñor Romero en Ignacio Ellacuría”, *RLT* 90 (septiembre-diciembre 2013).

24. Mucho de lo que diremos en esta segunda parte está publicado en el artículo “Monseñor Romero y la verdad”.

noticia para los pobres, monseñor fue *evangelizador* con exultación. Cuando la verdad de lo real quedaba encarcelada en la mentira, fue *desenmascarador* lúcido. Cuando la verdad de lo real era crueldad y muerte, especialmente para los pobres, fue *profeta* horrorizado e insobornable.

Recordar a monseñor como “decidor” de la verdad puede parecer demasiado abstracto, pero en ello queremos insistir tanto para conocer a monseñor Romero como para ayudar a superar el lastimoso estado en que se encuentra la verdad en nuestro país y en el mundo en general. En los medios de comunicación, hay silencios, encubrimiento, tergiversación, trivialización, mentiras<sup>25</sup>. En los discursos del ámbito de la política y la economía hay falsedades, ideologización en favor propio. Y también en el discurso religioso y eclesial —aunque el papa Francisco está buscando cómo superarlo— prolifera la falsedad del integrismo, los silencios, devociones dulcificantes, infantilizantes. Podrá decirse que algo hemos mejorado en libertad de expresión, pero no hemos mejorado mucho en voluntad de verdad.

Como “decidor de la verdad”, monseñor Romero emitió juicios humanos y cristianos sobre la realidad, sobre toda ella. Dejó que *la realidad tomara la palabra* (Karl Rahner) y fue consecuentemente *honrado con lo real*.

### **Monseñor Romero dijo la verdad pública, vigorosa, insistente, larga, repetida y responsablemente**

Dijo la verdad en sus homilias de catedral transmitidas a través de la emisora YSAX<sup>26</sup>, con lo que la verdad llegaba a miles de hogares —cuentan que incluso a los cuarteles<sup>27</sup>—. Dijo la verdad, pues, “públicamente” —“desde los tejados”, como pedía Jesús—, porque el suyo era un mensaje de *salvación* para la *polis*, el país, no solo para personas individuales, aunque esto siempre lo tenía en cuenta. E igualmente, porque la abominación que denunciaba —y la que veía venir— tenía sometido al país. La dijo “vigorosamente” para comunicar la crueldad de los asesinatos y mentiras, y la nobleza y hondura del trabajo de vivir honradamente, y de la entrega martirial. La dijo “largamente” para no mutilar

25. La trivialización crece a ritmo vertiginoso, y está fomentada por la megaindustria de la diversión: deporte de élite, todo tipo de espectáculos y lo que lo rodea. Además de su potencial alienante, priva de espacio y tiempo a noticias de realidades mucho más importantes, genera una escala de valores de lo que debe ser tenido o no en cuenta, y por su naturaleza produce un aire de inanidad que contamina lo que respira el espíritu.

26. De ahí su indignación cuando interferían y dinamitaban la emisora, y su diligencia en repararla. No lo veía principalmente como un ataque a la Iglesia, sino como un ataque al pueblo que anhelaba escuchar la verdad.

27. Se decía que se podía atravesar la ciudad en carro sin perder una palabra de sus homilias, retransmitidas por la YSAX, pues resonaban por todas partes.

la magnitud de la aberración<sup>28</sup>, ni el heroísmo de los pobres. La dijo “repetidamente”, pues la mentira y el encubrimiento aparecían *a diario* en la prensa, escrita y hablada, en los campos pagados de oligarcas opresores y victimarios. Y la dijo “responsablemente”, por lo cual preparaba sus homilias y escritos con gran diligencia.

### **Monseñor Romero dijo la verdad popularmente en un sentido bien preciso**

En catedral hablaba ante el pueblo, cuya presencia era mayoritaria. Y sobre todo, el pueblo fue el destinatario primario de su palabra. A monseñor le interesó “el país”, obviamente “la Iglesia”, y en principio también “la sociedad política, la democracia”. Pero lo que lo movía a hablar, lo que inspiró su palabra y le otorgó una dirección precisa fue ante todo la realidad del “pueblo”, sufriente y esperanzado<sup>29</sup>.

La palabra de monseñor fue “popular” intrínsecamente, porque en sus visitas a las zonas marginadas, pueblos y cantones, el pueblo entró en su corazón, en su mente y en su voluntad. Así lo reconoció el mismo monseñor. Al pueblo *llamó su maestro*: “El obispo siempre tiene mucho que aprender de su pueblo” (9 de septiembre de 1979). Y lo *llamó su profeta*: “Siento que el pueblo es mi profeta” (8 de julio de 1979). Sin saberlo, *los pobres y los campesinos eran coautores de sus homilias*: “Entre ustedes y yo hacemos esta homilía” (16 de septiembre de 1979).

Un ejemplo importante. En 1979, antes de escribir su cuarta Carta Pastoral *Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país*<sup>30</sup>, un tema necesario, candente y delicado, envió un cuestionario a las comunidades pidiéndoles su opinión sobre el país y la Iglesia, y sobre contenidos fundamentales de la fe cristiana: “Cuál es el mayor pecado del país”, “quién es para usted Jesucristo”, y de la vida eclesial: “Qué piensa usted de la conferencia episcopal, del señor nuncio, de su arzobispo”. Y tomó en serio las respuestas. En la homilía de esos días dijo: “Ustedes y yo hemos escrito la cuarta carta pastoral” (6 de agosto de 1979).

Esto no supuso en absoluto ignorar a otros ciudadanos que, con sus conocimientos y su buen quehacer, le ayudaban a decir y analizar la verdad. Ni supuso

28. En el informe anual de Unicef se puede leer en estos días un dato espeluznante. El Salvador es el país en todo el mundo con el mayor porcentaje de infanticidios, definidos estos como homicidios por debajo de los 20 años. Hay más que en África y en Asia. Monseñor hubiese clamado. Ahora no se grita mucho.

29. Ellacuría dijo en forma programática que, junto a Dios, pilar trascendente, el pueblo era “un pilar histórico” en que se apoyaba monseñor. Y le atribuía “una capacidad inagotable de encontrar salidas a las dificultades más graves”; en “La UCA ante el doctorado concedido a monseñor Romero”, *ECA* 437 (1985), p. 174.

30. En *Cartas pastorales y discursos de monseñor Óscar A. Romero*, Cuadernos Monseñor Romero, n. 18, San Salvador, 2007, pp. 107-169.

ignorar las limitaciones y pecados del pueblo, de los pobres y de las organizaciones populares, aunque a estas las defendió con total convicción —lo que aquí solo dejamos constatado<sup>31</sup>—. Pero era evidente su identificación con el pueblo, con sus alegrías y sus sufrimientos. En lo personal, me impactó mucho el gran dolor con que hablaba “[d]el trágico espectáculo que se está ofreciendo en el país entre organizaciones fundamentalmente integradas por campesinos y campesinas que luchan entre sí y que últimamente están en pugna violenta”<sup>32</sup>. Y prosigue con honda tristeza: “A nuestra gente del campo la está desuniendo precisamente aquello que la une más profundamente: la misma pobreza, la misma necesidad de sobrevivir, de poder dar algo a sus hijos, de poder llevar pan, educación, salud a sus hogares”<sup>33</sup>.

Este sentido de “lo popular” que tenía monseñor se suele olvidar con facilidad, y quisiera expresar un deseo: que la jerarquía de la Iglesia, ciertamente en El Salvador, vuelva a la tradición de las cartas pastorales de monseñor, cartas extensas, pensadas, abordando los problemas más acuciantes del pueblo, escritas con asesoramiento de personas cualificadas y expertas en lo que afecta al pueblo, difundidas y explicadas en homilías. Y habiendo preguntado antes la opinión del pueblo.

### **Monseñor Romero respetó y apreció la razón del pueblo**

En sus homilías monseñor pronunció frases impresionantes, explosivas, llenas de unción, que se entienden por sí mismas<sup>34</sup>. Además de decidor, fue proclamador de la verdad, tanto, y sobre todo, de la buena noticia —y buenas realidades— como de la mala noticia —y malas realidades—. Pero queremos insistir en algo que nos parece importante y de lo que no se habla mucho.

Monseñor Romero, al hablar al pueblo, también *argumentaba*, pues estaba convencido de que el pueblo, y lo que llamamos la gente sencilla, eran seres humanos dotados de razón<sup>35</sup>. No le daba miedo que la usasen, y más le preocu-

31. Véase lo que escribí en “Monseñor Romero”, *op. cit.*, pp. 143-146.

32. “La Iglesia y las organizaciones políticas populares”, Tercera Carta Pastoral, 6 de agosto de 1978. En *Cartas pastorales y discursos de monseñor Óscar A. Romero*, *op. cit.*, p. 76.

33. *Ibidem*.

34. Son innumerables. “Esto es el imperio del infierno” (1 de julio de 1979), la denuncia. “Sobre este pueblo brillará la gloria del Señor” (7 de enero de 1979), la esperanza. “La gloria de Dios es el pobre que vive” (2 de febrero de 1980), la verdad de Dios y la verdad del pobre.

35. Esto no suele ser muy tenido en cuenta en campañas políticas, ni muchas veces en la pastoral. En las iglesias se sigue echando en falta.

paba un pueblo infantilizado. Y le preocupaba que a través de lo religioso y de fantasías espiritualistas, también la Iglesia fuese instrumento de infantilización<sup>36</sup>.

Por respeto a la razón del pueblo, más su propia convicción y sentido de responsabilidad, monseñor preparó muy a fondo, hasta altas horas de la noche, sus homilias dominicales. Hizo uso de estudios serios de teología bíblica, del Vaticano II, Medellín y Puebla, encíclicas de Juan XXIII y de Pablo VI, de teología, también la de la liberación, y de la doctrina social de la Iglesia, relacionando todo ello con la realidad del país. No repetía palabras piadosas etéreas y comentarios bíblicos inofensivos, lo que ocurre, a pesar de la *Dei verbum* del Vaticano II, cuando no se distinguen los géneros literarios de la Biblia, unos más cercanos a la historia de Jesús, otros más cercanos a la fantasía.

Y por lo que toca a la realidad del país, tanto en las homilias como sobre todo en las cartas pastorales, la exponía y explicaba con análisis rigurosos, tras consultas a economistas, sociólogos, analistas políticos, expertos en la religiosidad popular del momento, teólogos, abogados, gente de los medios, miembros del Socorro Jurídico... Y arriesgaba, con paz, que, al educar al pueblo dando razones de lo que decía, pudiese peligrar la tradicional obediencia a la jerarquía, al menos de palabra, y la deseada seguridad que puede proporcionar la religión.

En el fondo de todo estaba su convicción de que los pobres “usan la razón”, de una manera suya propia, aunque a veces desconcertante para quienes no somos pobres. Y sobre todo estaba convencido de que, en lo fundamental, los pobres “tienen razón”. Así lo pensó también Ellacuría, y sacó las consecuencias para la misión de la universidad. Esta “debe encarnarse entre los pobres intelectualmente para ser ciencia de los que no tienen voz, el respaldo intelectual de los que en su realidad misma tienen la verdad y la razón, aunque sea a modo de despojo, pero que no cuentan con las razones académicas que justifiquen y legitimen su verdad y su razón”<sup>37</sup>. “La Iglesia —pienso que diría monseñor Romero— debe encarnarse entre los pobres cristiana, pastoral y litúrgicamente, con misericordia y entrega. Y también debe encarnarse razonadamente, para ser así el apoyo cristiano y teológico de los bendecidos con la predilección de Dios, aunque estos no sean conscientes de ello y no cuenten con argumentos teológicos para legitimar esa verdad”.

---

36. Monseñor desmitificó una verdad religiosa petrificada, que provenía de costumbres centenarias. Podían ser beneméritas, pero no debían ser intocables. “Me da lástima pensar que hay gente que no evoluciona. Y recuerdan su colegio y quisieran un cristianismo estático como museo de conservación. No es para eso el cristianismo ni el Evangelio” (21 de junio de 1979).

37. “Discurso de graduación en la Universidad de Santa Clara”, *Carta a las iglesias* 22 (1982), p. 14.

### **Monseñor Romero, al decir la verdad sobre las víctimas, lo hizo escrupulosamente, con precisión y de forma entrañable**

En su tiempo la represión era espeluznante en magnitud y en crueldad, lo que le llevó a decir la verdad de una manera muy especial. Fue pionero, pienso, de algo que después ha sido aceptado con aprobación, y aun con entusiasmo, por los defensores de los derechos humanos. Me refiero a “la memoria histórica”, que exige el esfuerzo consciente de grupos humanos por entroncar con su pasado, valorándolo y tratando con especial respeto a las víctimas, sobre todo.

Solo quiero hacer una breve reflexión para hoy. Monseñor, en sus homilías, mencionó, *cuantitativamente, todos y cada uno de los nombres* de las víctimas de la semana, y las matanzas y masacres que habían ocurrido. En cuanto tenía noticia, mencionaba además quiénes fueron los victimarios, a qué cuerpo de seguridad o cuerpo militar o paramilitar pertenecían —y de igual forma, cuando pertenecían a organizaciones populares—, las circunstancias precisas de lugar y tiempo. Mencionaba a los familiares de las víctimas y, lo que para él fue fundamental, en qué situación de penuria quedaban. Exigía la reparación como obligación de justicia. Y condenó duramente la impunidad. Esto es lo que quiero decir con la “escrupulosidad” de monseñor Romero al decir la verdad sobre las víctimas.

Y monseñor Romero no solo cuantificaba y diagramaba escrupulosamente la realidad de las víctimas, sino que cualificaba y personalizaba cómo esa realidad le afectaba a él. Hablaba de las víctimas *entrañablemente*.

Se me horrorizó el corazón cuando vi a la esposa con sus nueve niñitos pequeños, que venía a informarme. Según ella, lo encontraron [al esposo] con señales de tortura y muerte. Ahí está esa esposa con esos niños desamparados... Es necesario que tantos hogares que han quedado desamparados como este reciban la ayuda. El criminal que desampara un hogar tiene obligación en conciencia de ayudar a sostener ese hogar. (20 de noviembre de 1977.)

Era la delicadeza de monseñor. El *esprit de finesse* de que debe estar empapada la memoria histórica.

Y también hizo memoria histórica al recordar lo bueno y a la gente buena. Sobre todo cuando hacía memoria de los mártires de la justicia, de cuánto había en el país de esperanza y de confianza en Dios. Recordaba todo ello y lo ponía a producir.

La memoria histórica puede ser fácilmente ignorada o interesadamente tergiversada. Hoy ha crecido y, contra viento y marea, la promueven varias instituciones. Y es importante que sea una memoria lo más globalizante posible. En este contexto es bueno insistir en la memoria de los victimarios para llamarlos a conversión. Ofrecerles perdón una vez establecida la verdad, practicando la justicia e impidiendo la impunidad. Pensando en Nelson Mandela y Desmond Tutu, buscando la reconciliación como un gran tesoro, y sin avergonzarse del abrazo.



Entre nosotros hay que mantener la memoria de los mártires, hacer presente a Jesús y lo mejor que ha dado El Salvador. Y sin perderse en la casuística de si alguno de ellos, alguna vez, será canonizado o no, como mártir. Una memoria así humaniza el aire que respiramos.

### **Monseñor Romero dijo la verdad con autoridad**

Mucho de lo que hemos dicho, su palabra pública y popular, el respeto a los pequeños, la delicadeza ante quienes sufren, más las denuncias que mencionaremos a continuación, hacen de monseñor un seguidor eximio de Jesús de Nazaret, también al “decir la verdad”. Ahora añadimos algo típico de Jesús, que el pueblo salvadoreño percibió muy bien en el modo de hablar de monseñor.

Los sinópticos son unánimes al afirmar que “la gente quedaba asombrada de su doctrina porque [Jesús] les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como sus letrados” (Mt 8, 27; Mc 1, 22; Lc 4, 32). Pues bien, también monseñor dijo la verdad con autoridad. Esta no le venía, como tampoco a Jesús, de su origen: “¿De Nazaret, de Ciudad Barrios, puede salir cosa buena?”. Tampoco de la ciencia aprendida, aunque dedicó largos años al estudio. Ni de su condición de obispo, pues muchos de sus hermanos en el episcopado en absoluto eran respetados.

La autoridad le venía de su autenticidad y convicción. Se expresaba en su honradez con lo real y en su coherencia entre el decir y el hacer. Se desbordaba en la defensa de la justicia y el amor a la gente. Y superó la prueba definitiva con su entrega total. Así entiendo el embeleso del campesino. En medio de tantos mentirosos y palabreros, “monseñor dijo la verdad”. Y también su asombro, y el del pueblo en general. Monseñor triunfaba sobre los mentirosos y acallaba a los embaucadores. Se parecía a Jesús de Nazaret.

Hoy es de importancia capital, en la Iglesia y en la sociedad, aquí en El Salvador, en el mundo y en el Vaticano, que los líderes hablen “con autoridad”, vayan más allá de lo políticamente correcto, y también de lo eclesiástica y académicamente correcto. Solo así tendrán credibilidad.

### **2.2. “Monseñor nos defendió a nosotros de pobres”**

El campesino siguió con estas lapidarias palabras que nos llevan a la segunda reflexión. Monseñor Romero *fue compasivo* con los pobres y les ayudó de varias formas, lo cual suele ocurrir. Pero además *salió en su defensa*, lo cual no ocurre con frecuencia. Y *se enfrentó con sus opresores*, sus *ofensores*, lo cual es todavía menos frecuente en ámbitos jerárquicos.

### **Defensor del pobre en lucha con el opresor**

Ciertamente monseñor salió en defensa de los pobres de diversas formas. Promovió una pastoral, una teología y una solidaridad internacional en su favor.

Promovió los servicios del Socorro Jurídico del Externado de San José. Abrió el seminario a los refugiados cuando huían de Chalatenango. Y cuando ya no era posible defender a los vivos que estaban en peligro, recogía los cadáveres que dejaba la represión, como si fuese su tarea arzobispal *ex officio*: “A mí *me toca* ir recogiendo cadáveres (19 de junio de 1977).

Pienso que decir la verdad fue la forma más específica de monseñor de salir en defensa del pobre. La finalidad de decir la verdad no era en directo que “la realidad tomara la palabra” —asunto metafísico—, sino “defender al pobre” —asunto ético, teológico y teologal—. Así se anticipó —y después se mantuvo fiel— a Puebla.

En efecto, al presentar la opción por los pobres, Puebla comienza desde Dios, y la formula con estas palabras: “Por el mero hecho de ser pobres, Dios toma su defensa y los ama” (n. 1142). Que “Dios los ama preferencialmente” puede suponerse que ya pertenece a la ortodoxia eclesial. Pero no se suele tener muy en cuenta que la opción es también —y es citado en primer lugar— “salir en defensa de los pobres”. Esta defensa es una forma de amar al pobre, pero una forma específica e inintercambiable con otras. “Defender” es amar a “aquellos que son ofendidos, que tienen enemigos que les oprimen y reprimen”. Optar por los pobres es entonces *defenderlos* de sus opresores y victimarios. Y por esa razón, no por revanchismo alguno, es también enfrentarse a los ofensores, victimarios, y *luchar* contra ellos *en cuanto* victimarios —lucha que ofrece menos dificultades para la moral si se considera a los victimarios como *estructuras* que oprimen y reprimen—. Sin esa defensa, habrá compasión, solidaridad y ayuda, pero no hay verdadera opción. Y sin esa lucha habrá buenas intenciones, pero no hay opción.

No es frecuente ver así la opción por los pobres, y la razón está clara. De esa forma en el mismo concepto de la opción se introduce el conflicto, social y político, y en casos extremos incluso bélico. Y la Iglesia, sobre todo la jerárquica, pasada la época de Medellín y Puebla, es reacia a introducirse coherentemente en esos conflictos<sup>38</sup>. Por ello normalmente no suele recalcar la dimensión de “defensa del pobre” que tiene la opción por los pobres. Más bien ha insistido en que la opción no es *exclusiva* ni *excluyente*, con lo cual se difumina la lógica del concepto “opción”, históricamente se le debilita y es difícil evitar la sensación de que a la Iglesia no le gusta enfrentarse a *los ricos*. En palabras sencillas, a la opción por los pobres le es inherente la disposición a “correr riesgos” y la

38. Ni siquiera Aparecida, tan importante por muchos capítulos, también al hablar de la opción por los pobres, analizó con seriedad el conflicto en que vivió y murió Jesús ni los mártires latinoamericanos de nuestro tiempo. Así lo reconoce J. Comblin. Dice que el conflicto es el hilo conductor del Evangelio, y que sin tenerlo en cuenta la cristología se aburguesa, y también la eclesiología. *Cfr.* “El proyecto de Aparecida”, *RLT* 72 (2007), pp. 280 y s.

decisión de mantenerse en ellos. Enfrentarse a sus opresores implica, cuasi *ex opere operato*, sufrir persecución y aun asesinato. Quien no introduce el “riesgo” en el concepto de “opción por los pobres” no ha entendido (casi) nada. Y quien no lo introduce en su acción permanece en la secular, benemérita, necesaria, pero insuficiente, caridad. No ha dado el paso que dieron Medellín y Puebla.

Volvamos a monseñor Romero. Un ejemplo. Ante el atropello de la justicia se hicieron célebres estas palabras de denuncia a la Corte Suprema de Justicia:

¿Qué hace la Corte Suprema de Justicia? ¿Dónde está el papel trascendental en una democracia de este poder que debía estar por encima de todos los poderes y reclamar justicia a todo aquel que la atropella? Yo creo que gran parte del malestar de nuestra patria tiene allí su clave principal, en el presidente y en todos los colaboradores de la Corte Suprema de Justicia, que con más entereza deberían exigir a las cámaras, a los juzgados, a los jueces, a todos los administradores de esta palabra sacrosanta, *la justicia*, que de verdad sean *agentes de justicia*. (30 de abril de 1978.)

Monseñor hacía estas denuncias para defender a los pobres, no solo para acompañarlos. Por eso tuvo palabras durísimas contra grupos sociales, oligarcas, militares, cuerpos de seguridad, escuadrones de la muerte. Especialmente valientes —y en absoluto políticamente correctas— fueron sus palabras contra el presidente salvadoreño, general Humberto Romero, y el exmayor Roberto D’Aubuisson. Y educadamente y apelando a su cristianismo, también contra el presidente de Estados Unidos, Jimmy Carter.

Decir la verdad para monseñor significó en definitiva defender la vida. Solo en enero y febrero de 1980, aun antes de que estallase formalmente la guerra, ya había habido más de 600 muertos. El 16 de marzo, monseñor dijo en la homilía: “Nada me importa tanto como la vida humana”. Y una semana después, el 23 de marzo, en la víspera de su asesinato terminó su homilía denunciando a los efectivos del Ejército, de la Guardia Nacional, de la Policía, con estas palabras memorables:

Hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos, y ante una orden de matar que dé un hombre, debe prevalecer la ley de Dios que dice: “No matar” (...) En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡cese la represión!

El campesino captó muy bien que monseñor Romero dijo la verdad para defender al pobre. Y adujo, sin temor a equivocarse, la verificación más decisiva: “Por eso lo mataron”. A eso volveremos, pero antes veamos una segunda lucha exigida por la defensa de los pobres: la lucha contra el encubrimiento y la mentira.

### Abogado de la verdad aprisionada en lucha con la mentira

Cuando monseñor regresó de Puebla en 1979, un funcionario del aeropuerto dijo: “Ahí va la verdad”. Y en la homilía del 18 de febrero de 1979, la primera después de regresar de Puebla, comentó: “La frase me llena de optimismo porque en mi valija no traigo contrabando ni traigo mentira, traigo la verdad”. Estas palabras son simpáticas, pero nada ingenuas, pues la verdad queda aprisionada por la mentira. En ese sentido preciso decimos ahora que monseñor fue “abogado de la verdad”.

Pablo denunció solemnemente que los seres humanos no solo ignoramos y negamos la verdad, sino que la aprisionamos y la mantenemos cautiva. “La ira de Dios se revela contra toda clase de hombres impíos e injustos que con su injusticia *aprisionan la verdad*” (Rom 1, 18). Cuando esto ocurre, se produce un cataclismo. La realidad ya no se muestra como es y queda anulada su dimensión sacramental de remitir a Dios, el corazón del hombre se entenebrece y su mente ignorante queda a oscuras (vv. 19-22). Los seres humanos se entregan a todos los vicios, y se deshumanizan (vv. 24-32). Hoy, aprisionar la verdad bien podría ser descrito como “encubrimiento”, y sus consecuencias como “deshumanización”.

El encubrimiento puede ser históricamente la culminación de un proceso que suelo describir de la siguiente forma. En primer lugar<sup>39</sup>, el ser humano depreda: es la violación del séptimo mandamiento, no robar, sobre todo al nivel macroestructural de naciones, potencias, continentes. Cuando es necesario para depredar, conservar y aumentar lo depredado, el ser humano asesina: es la violación del quinto mandamiento, no matar, en masacres, guerras, torturas. Y para ocultar la violación de ambos mandamientos se intenta encubrir<sup>40</sup> el robar y el matar, y las verdaderas razones para ello: es la violación del octavo mandamiento, no mentir.

No sé si monseñor conceptualizaría así el proceso: depredar, asesinar, encubrir. Pero ciertamente luchó contra la acción de encubrir (violación del octavo mandamiento), contra lo que se encubría (depredar y matar, violación del séptimo y quinto mandamiento), y contra sus raíces y formas variadas. Su lucha

---

39. En el Génesis se menciona un origen trascendente del mal: la arrogancia, el intento de ser como Dios. En el Nuevo Testamento se menciona un origen histórico: “La codicia es la raíz de todos los males” (1 Tim 6, 10).

40. Al encubrimiento de la verdad se suele añadir el “desviar gravemente la atención” de lo que es importante y “descentrar” el interés por conocerlo. Entonces ocurre un encubrimiento más duradero y quizás más nocivo en épocas de normalidad. Un campeonato mundial, la boda o el entierro de una celebridad (y nada digamos de asuntos picarescos de personajes públicos) se convierten en realidades “comunicadas” a miles de millones, como si hacerlo fuese lo normal o una obligación, y como si estas cosas tienen derecho a desplazar a otras noticias que hablan de una realidad más real.

contra la mentira tomó entonces la forma de liberación de la verdad encubierta, aprisionada, lo que hizo a través de la denuncia profética.

Monseñor denunció la depredación que históricamente es necesaria para la acumulación de la riqueza (el ámbito del séptimo mandamiento). “Yo denuncio, sobre todo, la absolutización de la riqueza, ese es el gran mal de El Salvador: la riqueza, la propiedad privada, como un absoluto intocable” (12 de agosto de 1979). Y denunció que la riqueza, producto de la depredación, lleva como por necesidad a la represión: “¡Ay del que toque ese alambre de alta tensión! Se quema” (12 de agosto de 1979).

Sus denuncias más duras fueron contra la *muerte injusta y cruel* (el ámbito del quinto mandamiento). “No me cansaré de denunciar el atropello por capturas arbitrarias, por desaparecimientos, por torturas” (24 de junio de 1979). “Se sigue masacrando al sector organizado de nuestro pueblo solo por el hecho de salir ordenadamente a la calle para pedir justicia y libertad” (27 de enero de 1980). “La violencia, el asesinato, la tortura donde se quedan tantos muertos, el machetear y tirar al mar, el botar a la gente: esto es el imperio del infierno” (1 de julio de 1979).

Y denunció el *encubrimiento* (el ámbito del octavo mandamiento). “Falta en nuestro ambiente la verdad” (12 de abril de 1979). “Sobra quienes tienen su pluma pagada y su palabra vendida” (18 de febrero de 1979). “Están muy manipulados los medios de comunicación, muy manipulados” (18 de febrero de 1979). “Distorsionan la verdad” (21 de enero de 1979). “Estamos en un mundo de mentiras donde nadie cree ya en nada” (19 de marzo de 1979).

Decir la verdad no fue para monseñor algo que —simplemente— *ocurrió*. Ni fue una *pacífica* expresión de su honradez con lo real. Ciertamente no fue una *obviedad* por ser él sacerdote y obispo. Tampoco fue solo un *no mentir*. Fue una *lucha* por liberar a la verdad aprisionada. Y vio que ese servicio a la verdad era un servicio a la vida. Se le hizo connatural que mentira y muerte de los pobres, verdad y vida de los pobres, son correlativos. Lo uno lleva a la otro.

La suya fue una lucha contra el Maligno, que es *asesino*, arrebató la vida, y *mentiroso*, oculta el asesinato —y por ese orden, como dice Juan 8, 44—. En definitiva, monseñor dijo la verdad con tal profundidad para defender radicalmente la vida. “Nada hay tan importante para la Iglesia como la vida humana. Sobre todo, la persona de los pobres y oprimidos... Y esa sangre, la sangre, la muerte, están más allá de toda política. Tocan el corazón mismo de Dios” (16 de marzo de 1980).

### La verdad que se descubre con la compasión

“Para decir toda verdad hay que dejar hablar al sufrimiento”<sup>41</sup>, escribió Theodor Adorno. Dudo que monseñor conociera estas palabras, pero las puso en práctica al pie de la letra. Su voluntad de hacer hablar al sufrimiento del pueblo sufrido le permitió decir la verdad sobre las víctimas, y a partir de esa verdad pudo decir toda verdad sobre los seres humanos y sobre Dios, sobre el pecado y la gracia, sobre la sociedad y la Iglesia.

La víspera de su asesinato, sereno y conmovido, explicó cómo preparaba la homilía del domingo.

Le pido al Señor durante la semana, mientras voy recogiendo el clamor del pueblo y el dolor de tanto crimen, la ignominia de tanta violencia, que me dé la palabra oportuna para consolar, para denunciar, para llamar al arrepentimiento, y aunque siga siendo una voz que clama en el desierto, sé que la Iglesia está haciendo el esfuerzo para cumplir con su misión. (23 de marzo de 1980.)

Decir la verdad como lucha contra la injusticia y contra la mentira hizo del monseñor “decidor de la verdad” un verdadero “profeta”. José Luis Sicre, conocido experto del Antiguo Testamento, nos dijo hace años en El Salvador que monseñor Romero con derecho puede estar en la lista de los siete u ocho profetas de la tradición bíblica: Isaías, Jeremías, Miqueas, Amós, Oseas... Y como Isaías, el monseñor profeta y denunciador fue también evangelizador y anunciador, “portador de una buena noticia a los que sufren” (Is 61, 1). Y fue también consolador, cumplidor a cabalidad de lo que una Voz intimaba a Isaías: “Consuelen, consuelen a mi pueblo (Is 40, 1).

No hay que esperar que surjan muchos profetas, evangelizadores y consoladores como monseñor Romero, pero hay que insistir en que así fue él. Y que así actuó como arzobispo y, en buena medida, también por ser *arzobispo*. Comprendió y puso en práctica su *ministerio arzobispal* con la conciencia de que le tocaba obrar como obró *ex officio*, por cargo, como ocurría en tiempo de la colonia. Los obispos tenían que *defender al pobre* de sus opresores por oficio, lo que les llevaba inevitablemente a *enfretarse* con ellos.

En monseñor Romero Evangelio y ministerio se unieron íntimamente en la defensa del pobre. No es fácil. Los obispos a quienes llamamos “padres de la Iglesia latinoamericana” —mencionemos entre los vivos a Pedro Casaldáliga y entre los muertos a Samuel Ruiz— sí han unificado Evangelio y ministerio, cada uno en la historia en que han vivido. Junto a ellos monseñor Romero es un modelo excepcional.

---

41. *Negative Dialektik*, Frankfurt, <sup>8</sup>1994, p. 29.

### 3. *Su destino: mártir con su pueblo, sacramento de Dios y portador de la fe de muchos*

El destino de monseñor Romero recuerda al de Jesús. Su muerte en cruz está clara y no se necesita agudeza teológica para comprender lo común de ambas cruces. Si, sin embargo, insistimos en la *cruz* de monseñor es para que no caiga en el olvido ninguna cruz, ni la suya ni la de Jesús, ni la de ninguna otra víctima a lo largo de la historia. *Sacramento* de Dios, lo fue en vida: “Con monseñor Romero Dios pasó por El Salvador”. Y su paso se sigue haciendo sentir. Es hermano mayor, *portador de la fe* de muchos, lo que ilustraremos con lo que pensamos que fue la experiencia de Ignacio Ellacuría.

#### 3.1. “Y por eso lo mataron”. Crucificado por hacer el bien

Monseñor fue perseguido de diversas formas y con saña. Fue asesinado calculadamente y con odio. Y hubo una razón que el campesino expresó en dos palabras: “por eso”. Ya hemos hablado del asesinato de monseñor, cómo lo presintió, qué sentimientos afloraron en su interior al final de su vida y cómo los expresó públicamente.

Ahora queremos reflexionar sobre las sabias palabras del campesino sobre la muerte de monseñor: “por eso lo mataron”. Podrá parecer innecesario por ser obvias, pero no lo creemos así. Al contrario. Sigue siendo muy necesario insistir en que hubo una razón histórica y en qué consistió esa razón.

Para comprender bien las palabras del campesino, permítaseme una breve digresión. En su primer exilio en Madrid en 1977, Ellacuría publicó un artículo que se hizo famoso: “Por qué muere Jesús y por qué le matan”<sup>42</sup>. Ellacuría insistió en que la muerte-asesinato de Jesús lleva a dos preguntas que remiten a dos ámbitos diferentes de realidad y que por ello hay que responder diferenciadamente. No se debe reducir inconsultamente las dos respuestas a una, lo que en la práctica ha ocurrido en la teología tradicional. La respuesta, única, era: *esa fue la voluntad del Padre*, ese fue el modo designado para redimir al mundo. Teológicamente no había que explicar más.

Esa afirmación, que tiene base en el Nuevo Testamento, sí puede expresar lo que la muerte de Jesús tiene de *misterio*, pero poco o nada dice de lo que su asesinato tuvo de causas *históricas*. No deja en claro por qué mataron a Jesús, y por qué lo mataron injustamente. Ellacuría analizó en profundidad cada una de las dos respuestas y, por su novedad, quiso dejar en claro la segunda: “por qué matan a Jesús”. Lo que más impactó entre nosotros —sin ser totalmente original— fue el hecho mismo de tomar en serio el “por qué lo mataron”, y conceder a la respuesta

42. *Misión Abierta* (marzo 1977), pp. 17-26. Fue reproducido en *Diakonía* (1978), pp. 65-75.

histórica gran importancia teológica, espiritual y pastoral. Muchos lo vieron así, y es importante volver siempre sobre ello porque se suele pasar por alto.

Así lo vio también el campesino. Sin conocer el artículo de Ellacuría, al campesino no le ocupó mucho el “por qué murió”. Monseñor Romero, el *misterio* de toda muerte, y ciertamente el misterio de la muerte de Jesús, siendo Hijo de Dios. Pero le ocupó hondamente el “por qué lo mataron”. Y la respuesta fue contundente: lo mataron porque monseñor “dijo la verdad” y “nos defendió a nosotros de pobres”. En nuestros días sigue siendo necesario tener presente ese por qué lo mataron, y se olvida fácilmente.

En el mundo siguen existiendo millones de víctimas que mueren “matados” y con un porqué. Sufren la *muerte lenta* por la pobreza, el hambre y la desnutrición<sup>43</sup>, por la ausencia de o la pésima atención a la salud, la educación, el descanso, el empleo, por la *muerte violenta* por vivir en determinados países, Iraq, Pakistán, Congo, o en pueblos, El Mozote, Sumpul en El Salvador, en el triángulo Ixil de indígenas de Guatemala, en medio de conflictos bélicos, sin ser ellos culpables. Es un horror, y caracteriza a nuestro mundo.

Pero no hablan así Naciones Unidas, la Comunidad Europea, la OEA, desde el G-7 hasta el G-20, las megaindustrias emergentes en Asia, y similares. Pueden formular tesis genéricas sobre el *derecho* de los pobres a la vida (y a la salud, la educación, el descanso, la migración, el empleo, la igualdad de género, el cuidado del niño, la paz...), pero hacen poco para *enderezar* la realidad de la vida y de lo que la promueve, y prácticamente nada si eso supone perder lo suyo propio en algún grado importante, o arriesgarlo seriamente.

También siguen existiendo los que defienden a esas víctimas, y “por eso” acaban asesinados. Los organismos mencionados los alaban ocasionalmente, pero no hacen gran cosa para que el que haya víctimas y quienes las defienden configuren su pensar y su hacer. En definitiva, no toman en serio la pregunta “por qué los mataron” del campesino: “por decir la verdad”, “por defender a las víctimas”. Y falta valentía para actuar en consecuencia.

Todo esto quiere decir que, en nuestro mundo, en lenguaje creyente, hay un gravísimo *pecado*. En lenguaje secular, una gravísima *tragedia*. Y cuando quienes luchan contra el pecado y la tragedia son asesinados, hay un gravísimo *absurdo*, un *escándalo* insuperable y un *sinsentido* irrecuperable. Monseñor Romero, recordando a uno de los sacerdotes asesinados, dijo: “¿Por qué se mata? Se mata porque estorba” (23 de septiembre de 1979). Con lo cual venía a decir

---

43. J. Ziegler, relator especial de Naciones Unidas para el Derecho a la Alimentación, ha repetido que “la muerte de un niño por hambre es un asesinato”, porque existen los recursos necesarios para evitarla.



que en nuestro mundo concreto estorban los que hacen el mal —enigma de iniquidad—, pero también los que hacen el bien —enigma de lo absurdo—.

Jesús vino a erradicar ese pecado sometándose él mismo al absurdo y al escándalo. Lo mismo hicieron monseñor Romero, y muchos hombres y mujeres, cuyo nombre solo Dios conoce. Y la paradoja cristiana es que, viviendo así, mucho —o algo— podemos hacer para *des-oscurer el absurdo y revertir el escándalo*.

Al campesino no se le ocurrió formular así las cosas, pero le debemos estar agradecidos porque, al recordar a monseñor Romero, formuló que hubo un “por eso”, “el decir verdad”, “el salir en defensa del indefenso”, el *mysterium salutis*. Y formuló que hubo un “lo mataron”, tragedia, absurdo y escándalo, el *enigma iniquitatis*. En su corazón debe estar más presente lo segundo que lo primero.

Y para quienes han pasado por aquellos años, desde Jesús, desde monseñor Romero —y desde muchos hombres y mujeres—, siempre queda “decir la verdad” y “defender al pobre”, aunque nos vaya la vida en el empeño.

### 3.2. “Con monseñor Romero Dios pasó por El Salvador”<sup>44</sup>. Sacramento de Dios

Pensando en el destino de monseñor, el pueblo tiene mucha razón cuando dice: “Monseñor vive en el corazón del pueblo”, y quizás no podamos decir nada mejor. Pero tampoco es superfluo llamarle “sacramento” de Dios, así como a Jesús llamamos “palabra” del Padre. La tarea no es fácil, evidentemente. *Sacramento y palabra* no son unívocos en ambos casos, en monseñor y en Jesús. Y por lo que toca a monseñor, tampoco significan lo mismo durante su vida y tras su muerte. Pero tampoco son equívocos. Con todas las analogías del caso, algo de sacramento de Dios hubo y hay en monseñor.

Para acercarnos con cierta concreción al tema, dos cosas nos pueden ayudar. (a) Unas palabras orientadoras de Ignacio Ellacuría: “Con monseñor Romero Dios pasó por El Salvador”, lo que veremos en este apartado. (b) El hecho de que, en nuestra percepción, “monseñor fue portador de la fe de Ignacio Ellacuría”, y de muchos otros, lo que abordaremos en el apartado siguiente. Sobra decir que lo hacemos con modestia y respeto. Comencemos con lo primero, paso a paso.

a. Ellacuría sabía que monseñor Romero había *hablado* de Dios, mucho y bien, durante todo su ministerio, en diferentes contextos. Y al final de su vida, con mayor audacia y en contextos existencialmente exigentes.

Monseñor, en efecto, hablaba de *Dios* a los pobres. Y cuando estos le preguntaban “¿dónde está Dios?”, les daba ánimo: “Dios va con nuestra historia. Dios

44. Véase mi artículo “El impacto de monseñor Romero en Ignacio Ellacuría”, *op. cit.* En él analizo más largamente lo que aquí diré en breves palabras.

no nos ha abandonado. Dios va sacando partido hasta de las injusticias de los hombres” (9 de diciembre de 1979).

Su mayor deseo: “Que yo no sea un estorbo entre el diálogo de ustedes con *Dios* [...] Me alegra mucho cuando hay gente sencilla que encuentra en mis palabras un vehículo para acercarse a *Dios*” (27 de enero de 1980).

Con apertura a todo y todos, sin sectarismos, dijo: “Sin *Dios* no puede haber liberación” (2 de marzo de 1980).

El 2 de febrero de 1980, en la Universidad de Lovaina dijo: “*Gloria Dei vivens pauper*”, la gloria de *Dios* es que el pobre viva, historizando con estas palabras desde El Salvador lo que en el siglo II había dicho Ireneo: *gloria Dei vivens homo*, la gloria de *Dios* es que el hombre viva.

Monseñor Romero, pues, nunca olvidó a *Dios*. Y lo hizo realidad central, aun en los momentos más duros para el país. “Ningún hombre se conoce mientras no se haya encontrado con *Dios*”, dijo seis semanas antes de ser asesinado, cuando El Salvador ya estaba ardiendo en llamas (10 de febrero de 1980).

**b.** Todo esto era conocido para Ellacuría. Y conocía también que monseñor Romero *se dirigía* a Dios en la oración, en la celebración de la eucaristía. Y que *encontraba* a Dios en los pobres. Pero lo que más le debió impactar es que monseñor no solo *hablaba de Dios*, ni solo *se dirigía a Dios*, ni solo *encontraba a Dios*, sino que en monseñor Romero *Dios se hizo presente*. Monseñor era *como un sacramento* de lo más último de la realidad.

Para entenderlo, pienso que ayudará recordar el hablar de los primeros cristianos sobre Jesús de Nazaret. *Proclamaron* la vida y praxis de Jesús como buena noticia: “pasó haciendo el bien”. *Explicitaron* sucintamente en qué consistió esa buena noticia: “sanando a los poseídos por el diablo”. Y a partir de esa constatación histórica y en virtud de ella *se vieron forzados a hablar de la presencia de Dios en Jesús*: “Dios estaba con él”. Es lo que dice Pedro en casa de Cornelio (Hch 10, 38s).

También Ellacuría vio que monseñor “pasó haciendo el bien”. En varias ocasiones lo dijo en detalle y concluyó de manera si no idéntica, sí afín a la de Pedro ante Cornelio: “Dios pasó con él”.

Estas palabras pueden sorprender, o asustar, pero para quien conoció a Ellacuría no es pensable que hablase a la ligera. A Ellacuría se le hizo cada vez más difícil hablar de *monseñor Romero* sin verse forzado a hablar de *Dios*, así como le era difícil “hablar de monseñor Romero sin hablar del pueblo”<sup>45</sup>. Pedro, en casa de Cornelio, dijo que *Dios estaba con Jesús*. Ellacuría dijo que *Dios pasó con monseñor*. Para entender mejor lo que quería decir Ellacuría, me remitiré a

45. “El verdadero pueblo de Dios, según monseñor Romero”, *ECA* 392 (1981), p. 530.

tres textos suyos que mencionamos en orden teológico más que cronológico. En ellos habla solemne y teologalmente de monseñor Romero.

El primer texto es de los inicios del ministerio arzobispal de monseñor. El segundo, de pocos meses después de su asesinato. El tercero, y más radical, en la misa del funeral de monseñor en la UCA. En cada uno de ellos aparece una *afirmación teologal breve y lapidaria* sobre la relación que podemos llamar funcional-real entre monseñor Romero y Dios, y *afirmaciones explicativas* de las muchas y variadas realidades históricas que llevó a cabo monseñor, en las que Ellacuría encontró fundamento para las afirmaciones teologales. Por lo que toca a las afirmaciones explicativas de Ellacuría, nos remitimos a mi artículo “El impacto de monseñor Romero en Ignacio Ellacuría”<sup>46</sup>. Veamos ahora las afirmaciones teologales.

“He visto en la acción de usted *el dedo de Dios*”<sup>47</sup>. “Desde este lejano exilio quiero mostrarle mi admiración y respeto”, comienza Ellacuría la carta que escribió a monseñor el 9 de abril de 1977, desde su exilio en Madrid<sup>48</sup>, a propósito de la reacción de monseñor tras el asesinato del padre Rutilio Grande el 12 de marzo. Y continúa: “He visto en la acción de usted *el dedo de Dios*”. Es la afirmación *teologal*. Y añade tres razones *explicativas* para que la expresión no quedara reducida a acompañamiento meramente literario<sup>49</sup>.

“Monseñor Romero, *un enviado de Dios* para salvar a su pueblo”<sup>50</sup>. Tras el martirio de monseñor, en noviembre de 1980 la revista *Sal Terrae*, en Santander, España, pidió a Ellacuría que escribiese un artículo sobre monseñor Romero. Así lo hizo y publicó un texto con el título “Monseñor Romero, un enviado de Dios para salvar a su pueblo”. La afirmación teologal es “monseñor Romero, un enviado *de Dios*”<sup>51</sup>. Y añade la *explicación* de lo que entiende por la salvación llevada a cabo por monseñor<sup>52</sup>.

“*Con monseñor Romero Dios* pasó por El Salvador”<sup>53</sup>. El pensamiento de Ellacuría sobre monseñor alcanzó su punto culminante con esta formulación de

46. J. Sobrino, “El impacto de monseñor Romero en Ignacio Ellacuría”, *op. cit.*, pp. 198-203.

47. *Ibid.*, p. 198.

48. En 1976, como todos los años, Ellacuría fue a Madrid en los meses de invierno. Le impidieron regresar a El Salvador. Asumiendo personalmente los riesgos, lo hizo en agosto de 1978.

49. *Cfr.* J. Sobrino, “El impacto de monseñor Romero en Ignacio Ellacuría”, *op. cit.*, pp. 199-200.

50. *Ibid.*, p. 200. Tras su propio asesinato, el artículo fue publicado en *RLT* 19 (1990), pp. 5-10.

51. *Ibid.*, p. 200.

52. *Ibid.*, pp. 201 y s.

53. *Ibid.*, p. 202.

la homilía que pronunció en el funeral en la UCA pocos días después del asesinato: “Con monseñor Romero *Dios* pasó por El Salvador”.

En estas palabras hay genialidad de pensamiento, y no conozco pastores ni teólogos que conceptualicen y formulen las cosas con tal radicalidad, y que se esmeren en fundamentarlas como lo hizo Ellacuría. Las palabras pueden extrañar y sorprender a creyentes, y ciertamente a no creyentes. Pudieran parecer poco científicas y poco académicas, y, aunque teologales, quizás no suenen en exceso piadosas. Para mí, tienen una gran verdad y son fructíferas. Al menos expresan más verdad y producen mejores frutos que otras palabras que he escuchado sobre monseñor Romero. Me explico<sup>54</sup>.

En monseñor Romero Ellacuría vio a un ser humano en el que se hacía presente la realidad con tal ultimidad y radicalidad que, en ese grado, no encontró en ninguna otra persona ni, análogamente, en ninguna realidad social, aunque fuesen cosas buenas, como la verdad y la libertad, la democracia y el socialismo, en estado de autenticidad. *Eso* último y radical es lo que captó y afloró en la persona de monseñor, sin que Ellacuría *hablase* así, que yo recuerde, de otras personas del pasado, ni siquiera de personas sumamente apreciadas y entrañablemente queridas por él, como Juan XXIII y el padre Arrupe. ¿Qué de Dios afloraba en monseñor?

Ellacuría vio que el paso de Dios con monseñor producía bienes, personales y, lo que es más notable, bienes sociales, en personas y en el ambiente, difíciles de conseguir, y, una vez conseguidos, difíciles de mantener: justicia sin ceder un ápice a la injusticia, compasión hacia los indefensos, corriendo cualquier riesgo, verdad sin componendas, sin ceder a lo políticamente correcto. Y una esperanza que no muere.

El paso de todo ello<sup>55</sup> con monseñor lo formuló como paso de *Dios*. Monseñor le habló de lo que en Dios hay de “más acá”. Y le habló —en lo cual ya no es posible entrar— de lo que en Dios hay de inefable, de lo que en Dios hay de “más allá”.

Remitir a Dios no significa en sentido estricto ser sacramento de Dios. Pero fue tal la fuerza con que monseñor remitía a Dios, que se nos puede perdonar la audacia de formular su destino llamándole *sacramento de Dios*. En vida lo fue ciertamente. En el presente podemos seguir experimentando su presencia por la eficacia que tiene su recuerdo.

No nos es fácil terminar este apartado con una cita de monseñor. Quizá sirva esta del final de la homilía del 2 de octubre de 1977: “Hermanos, guarden este

54. *Ibid.*, pp. 202 y s. Ellacuría da breves, pero profundas explicaciones de la afirmación teologal.

55. Sobre contenidos de ese Dios, véase lo que hemos llamado freses explicativas en la n. 46.

tesoro. No es mi pobre palabra la que siembra esperanza y fe. Es que yo no soy más que el humilde resonar de Dios en este pueblo”.

### 3.3. Monseñor Romero, hermano mayor, portador de la fe

Volvemos a Ellacuría. No solo “captó” lo profundo de la realidad de monseñor, sino que “quedó afectado” por ella. En este último apartado voy a hablar de manera especialmente personal. Las referencias a Jesús de Nazaret las he “rumiado”, por así decirlo, más que “analizado” exegéticamente. No pretenden probar nada, pero quizás puedan ubicar existencialmente lo que ha significado para muchos, al nivel de la fe, el encuentro con monseñor Romero.

Monseñor fue un modelo para nuestra fue, y nos animó a mantenernos en ella. Pero fue además *portador* de la fe de muchos. Con esto quiero decir, si se me permite el lenguaje, que fuimos *llevados cuasi físicamente* en su fe. De esto solo podemos balbucear. Para esclarecerlo me remitiré a lo que, pienso, fue la experiencia de Ignacio Ellacuría.

#### Monseñor Romero, hermano mayor en la fe

A la edad de 47 años, y cuando ya llevaba trabajando unos diez años en la UCA, a Ellacuría se le “apareció” —*opthe*— monseñor Romero, lo que se deja traslucir en la carta que le escribió desde su exilio en Madrid. Y uso conscientemente el término “aparecer”, lenguaje en que se narran las apariciones del resucitado, para expresar, con todas las analogías del caso, lo que en ello hubo de inesperado, poderoso, supongo también destanteador, y en definitiva bienaventurado.

Ese impacto, Ellacuría lo formuló a veces en palabras sobrias, a veces solemnes. Hablando en plural, Ellacuría se refería al impacto de monseñor sobre la UCA, sobre los jesuitas y, sin decirlo explícitamente, sobre sí mismo.

En palabras sobrias dijo que monseñor “ya se nos había adelantado”. Y en 1985 pública, explícita y solemnemente, con cierto halo de misterio, reconoció la superioridad de monseñor Romero. A cinco años de su martirio la UCA otorgó a monseñor un doctorado póstumo *honoris causa* en teología<sup>56</sup>. En esa ocasión, Ellacuría tuvo un discurso muy pensado para decir cosas fundamentales, sin caer en panegirismos baratos, a lo que era reacio. En contra de acusaciones de que la UCA manipulaba a monseñor Romero, confesó públicamente la importancia

56. A mí me pidió exponer “El significado de monseñor Romero para la teología”, *op. cit.*, pp. 155-166. Lo menciono porque desarrollé una idea algo semejante a lo que pensaba Ellacuría sobre monseñor: “Monseñor Romero como acontecimiento teológico. Palabra de Dios y palabra del pueblo de Dios”, p. 155. Vine a decir que monseñor no solo fue *teólogo*, sino que sobre todo fue *realidad teológica*.

y la superioridad de monseñor Romero sobre la UCA, e indirecta y, para mí claramente, sobre sí mismo. Lo dijo así:

Se ha dicho malintencionadamente que monseñor Romero fue manipulado por nuestra universidad. Es hora de decir pública y solemnemente que no fue así. Ciertamente, monseñor Romero pidió nuestra colaboración en múltiples ocasiones y esto representa y representará para nosotros un gran honor, por quien nos la pidió y por la causa para la que nos la pidió [...], pero en todas esas colaboraciones no hay duda de quién era el maestro y de quién era el auxiliar, de quién era el pastor que marca las directrices y de quién era el ejecutor, de quién era el profeta que desentrañaba el misterio y de quién era el seguidor, de quién era el animador y de quién era el animado, de quién era la voz y de quién era el eco.<sup>57</sup>

Ellacuría ya se había encontrado con personas a quienes consideró maestros, mentores o padres en el espíritu: el padre Miguel Elizondo, guía espiritual, el padre Aurelio Espinosa Polit, insigne en humanidades, el padre Martínez Baigorri, gran poeta. En los últimos años de su formación, Karl Rahner y Xavier Zubiri. Ellacuría aprendió de ellos, y según los casos pudo considerarse a sí mismo como colega suyo. No ocurrió así con monseñor. Nunca se consideró colega suyo<sup>58</sup>.

La razón fue que el impacto de monseñor Romero en Ellacuría fue muy específico. Ciertamente le impactó, como a muchos, su profecía y denuncia, su valentía y aguante, su compasión y esperanza, su cercanía a los pobres y su lucha por la justicia, su disposición a que le arrebatasen la vida, y el mantenerse fiel hasta el final sin dejarse desviar por ningún riesgo ni amenaza<sup>59</sup>. Pero pienso que el impacto más novedoso se lo produjo la fe de monseñor Romero. Otras cosas de monseñor estaban en continuidad con su propia vida. La fe de monseñor suponía para Ellacuría alguna forma de discontinuidad mayor.

Ellacuría confesaba humildemente —a lo que no era dado— y agradecidamente —a lo que sí era dado— la deuda de la UCA con monseñor Romero.

---

57. “La UCA ante el doctorado concedido a Monseñor Romero”, *op. cit.*, pp. 167-176.

58. Y para comprender esta diferencia, puede ayudar lo siguiente. Siendo de temperamento exigente y crítico, a veces en exceso, aunque buscando siempre el bien, a Ellacuría le oí críticas sobre muchas personas cuando, a su juicio, cometían un error de concepto o de praxis. A veces también por limitaciones objetivas, aun de gente buena y amiga. Pues bien, nunca lo oí criticar a monseñor Romero, quizás por un pudor reverencial que fue creciendo en él. Pienso que era una forma de respetar esa misteriosa superioridad que veía en monseñor.

59. Y por cierto, en contra de lo que decían algunos amigos de monseñor, Ellacuría aprobaba los riesgos que este asumía, e insistía. Una vez lo oí decir: “Monseñor debe arriesgar, también su vida. Es lo que tiene que hacer”.

Pero pienso que estaba agradecido por una deuda personal mayor. En monseñor Romero Ellacuría debió percibir y sentir algo diferente, superior, no solo cuantitativa, sino cualitativamente. Eso no empequeñeció a Ellacuría, pero debió ayudarlo a preguntarse por sí mismo, por el misterio de su propia persona. Monseñor fue un hermano mayor en “lo cristiano” —expresión que solía usar Ellacuría— y en la fe.

### Monseñor Romero, portador de la fe<sup>60</sup>

Y hay que dar un paso más: “Ellacuría *fue llevado* en la fe y por la fe de monseñor”. Sobre esto queremos hacer algunas reflexiones.

En 1969, en una reunión en Madrid<sup>61</sup>, le oí decir en un pequeño grupo que “Rahner lleva con elegancia sus dudas de fe”, con lo cual venía a decir —esa fue mi convicción— que la fe tampoco era algo obvio para él. Sus palabras no me sorprendieron, pues aquellos eran años recios para la fe, la mía propia y la de otros compañeros e incluso profesores.

El contacto abierto y serio con los filósofos modernos —increyentes la mayoría de ellos, con la excepción de Xavier Zubiri—, el surgimiento de la teología crítica<sup>62</sup>, incluso la de la muerte de Dios —ese era el ambiente que predominaba en los años en que Ellacuría alcanzó su madurez intelectual—, su propio talante honesto y crítico, nada propicio a credulidades y argumentos poco convincentes y de matices apologéticos, y el gran cuestionamiento de Dios que es la miseria y el escándalo del continente latinoamericano<sup>63</sup> no debieron hacer obvia la fe en Dios de un Ignacio Ellacuría.

Como muchos otros, pienso que Ellacuría anduvo a *vueltas con Dios*. Más aún, en palabras de la Escritura, pienso que *luchó con Dios*, como Jacob. Mi convicción es que Ellacuría nunca sintió, si se me permite la expresión, que él hubiera *triunfado sobre Dios*. Más bien pienso que se dejó vencer por una *realidad misteriosa*, Dios —aunque en estos asuntos, victoria y derrota son siempre cosas muy personales—. Lo que ocurrió, pienso, es que monseñor Romero, sin proponérselo Ellacuría, lo impulsó y lo capacitó para ponerse activamente, y mantenerse, ante el misterio último de la realidad. La fe de monseñor

60. Lo desarrollé más largamente en “Monseñor Romero y la fe de Ignacio Ellacuría”; *cf.* nota 1.

61. *Cfr. ibid.*, p. 14.

62. Para comprender el ambiente teologal de la época desde una perspectiva cristiana, basta recordar libros como los de Charles Moeller, *Literatura del siglo XX y cristianismo*; y *A vueltas con Dios*, de Heinz Zahrnt.

63. Recuérdese el libro de G. Gutiérrez, *Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente. Una reflexión sobre el libro de Job*, Salamanca, 1986; y su artículo “Cómo hablar de Dios desde Ayacucho”, *RLT* 15 (1988), pp. 233-241.

Romero se le impuso a Ignacio Ellacuría. Se alegraba de que monseñor fuese hombre de fe. Esa fe le fue contagiosa. Y algo o mucho —en definitiva, solo Dios lo sabe— pienso que se le pegó a Ellacuría. El misterio cobró novedad y cercanía.

No hay argumentos apodícticos para defender esta afirmación, pero puede haber caminos, *vías*, como decía santo Tomás, para hacerla razonable.

Ellacuría mencionaba a “Dios” con naturalidad para dar fuerza a una idea, también cuando no tenía por qué hacerlo. Por ejemplo, en una dura crítica escribió: “Todo importa más que escuchar realmente la voz de Dios que [...] se escucha tanto en los sufrimientos como en las luchas de liberación del pueblo”<sup>64</sup>. Y más allá de temas concretos, remitiéndose al pensar y sentir de monseñor Romero, Ellacuría hablaba con toda naturalidad de la *trascendencia*. Citamos un texto, significativo porque incluye muchos otros temas importantes, que culmina con la trascendencia de Dios.

Monseñor Romero nunca se cansó de repetir que los procesos políticos, por muy puros e idealistas que sean, no bastan para traer a los hombres la liberación integral. Entendía perfectamente aquel dicho de san Agustín que para ser hombre hay que ser “más” que hombre. Para él, la historia que solo fuese humana, que solo pretendiera ser humana, pronto dejaría de serlo. Ni el hombre ni la historia se bastan a sí mismos. Por eso no dejaba de llamar a la trascendencia. En casi todas sus homilías salía este tema: la palabra de Dios. La acción de Dios rompiendo los límites de lo humano.<sup>65</sup>

Romero vino a ser como el rostro del misterio que asoma en nuestro mundo, misterio en definitiva más *fascinans* que *tremendum*. Y en presencia de ese monseñor, Ellacuría se sentía —él, que no estaba acostumbrado a ello— empequeñecido, pero con un empequeñecimiento que no humilla, sino que ubica adecuadamente en la historia y otorga dignidad. Con exquisita delicadeza monseñor le ofrecía aquello en lo que él era eximio y en lo que los demás somos mucho más limitados. Sea cual fuere la fe real de Ellacuría, es mi convicción que, por decirlo de la forma más sencilla posible, “se montó en el carro de la fe de monseñor”.

Hay un texto en la Carta a los hebreos<sup>66</sup>, muy usado en teología, con el que queremos terminar. Dice así: “Corramos con constancia la carrera que nos

64. I. Ellacuría, “El pueblo crucificado”, p. 59.

65. I. Ellacuría, “Monseñor Romero, un enviado de Dios”, p. 9.

66. La carta insiste en que Jesús ya está glorificado, es *el Cristo*. Sin embargo, menciona repetidamente a “Jesús”, diez veces, y siempre en relación con el sufrimiento, la sangre, la cruz y la muerte. Véanse mis libros *Jesucristo liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret*, UCA Editores, quinta reimpression 2013; y *La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas*, UCA Editores, segunda edición 2000, pp. 233-259.



espera. Fijos los ojos en Jesús<sup>67</sup>, el que inició y consumó la fe —*archegon kai teleioten*—” (12, 1s).

Con estas palabras el autor de la carta quiere animar a los cristianos que estaban desanimados porque sufrían algún tipo de persecución y porque estaban desilusionados al no tener ya un templo ni las solemnidades que los templos posibilitan<sup>68</sup>.

Como solución a esas dificultades —que podemos resumir sistemáticamente como *una fe débil y en peligro*— el autor de la carta les propone y les pide que pongan sus ojos en Jesús, pues él es quien también ha pasado por dificultades y, a través de ellas, ha vivido primigeniamente y en plenitud la fe. Mi comentario es que el autor los anima a que se suban al carro de la fe de Jesús, siendo él quien, además, tira de ese carro.

Es cierto que, en la Carta a los hebreos, entre la fe de Jesús y la de los atribulados creyentes hay discontinuidad: Jesús es el que ha vivido primigeniamente y en plenitud la fe. Y por eso es el que puede, *cuasi físicamente*, llevar en la fe a los demás. En cualquier caso, esa fe de Jesús es la que ofrece el autor.

La relación entre la fe de monseñor Romero y la nuestra no es, obviamente, como la relación entre la fe de Jesús y la de los creyentes. Pero algo ayuda recordarla, al menos al que esto escribe. Tal como entiendo las cosas, el que tira del carro de la fe en la historia es Jesús. Hablar aquí del Espíritu (de Cristo, de Jesús) es insistir en que Jesús “tira” de un carro, tiene energía para tirar físicamente. A lo largo de la historia muchos hombres y mujeres lo han hecho. Entre nosotros, y de forma excepcional, monseñor Romero.

El subtítulo que hemos puesto a este ensayo sobre monseñor es “ante Dios con su pueblo”. Terminamos.

Ante Dios. Citamos las palabras finales del último artículo que escribió Ignacio Ellacuría. Ha estado muy presente aquí, y estas palabras están inspiradas en la fe de monseñor Romero.

La negación profética de una Iglesia como el cielo viejo de una civilización de la riqueza y del imperio y la afirmación utópica de una Iglesia como el cielo nuevo de una civilización de la pobreza es un reclamo irrecusable de los signos de los tiempos y de la dinámica soteriológica de la fe cristiana historizada en hombres nuevos, que siguen anunciando firmemente, aunque

---

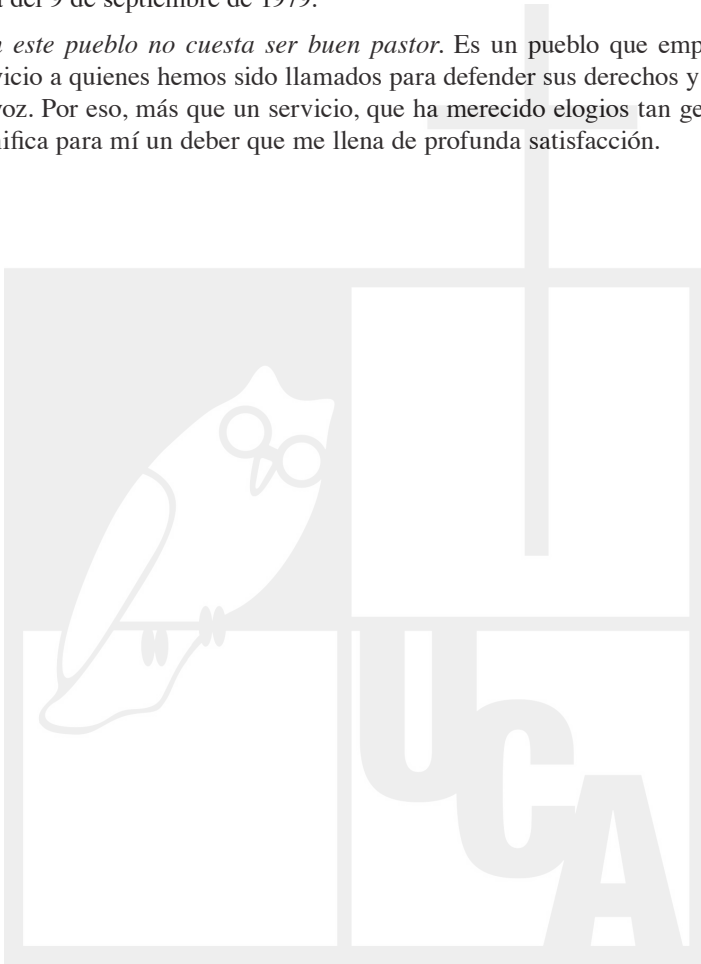
67. J. Sobrino, *La fe en Jesucristo*, op. cit., pp. 252 y s.

68. *Ibid.*, pp. 245 y s.

siempre a oscuras, un futuro siempre mayor, porque más allá de los sucesivos futuros históricos *se avizora el Dios salvador, el Dios liberador*<sup>69</sup>.

Con su pueblo. En la cripta de catedral el padre Rogelio Poncelell llamó a monseñor “un gigante con su pueblo”. El mismo monseñor Romero dijo en la homilía del 9 de septiembre de 1979:

*Con este pueblo no cuesta ser buen pastor. Es un pueblo que empuja a su servicio a quienes hemos sido llamados para defender sus derechos y para ser su voz. Por eso, más que un servicio, que ha merecido elogios tan generosos, significa para mí un deber que me llena de profunda satisfacción.*



---

69. I. Ellacuría, “Utopía y profetismo desde América Latina. Un ensayo completo de soteriología histórica”, *RLT* 17 (1989), p. 184.